

á Budha una multitud de jóvenes distinguidos de Magadha para llevar bajo su dirección una vida santa, lo que excitó la envidia de otros maestros, y que también los habitantes del país empezaron á manifestar sus temores por la gran masa de discípulos que acudieron al santo, diciendo que si aquello continuaba, dejaría á todos los padres sin hijos y á las mujeres sin maridos y produciría la extinción de las familias. Esto oyeron los monjes en todas partes y lo dijeron á su maestro, el cual les contestó que el alboroto á lo mas duraría ocho días, y que cuando ellos lo oyesen, contestaran que los perfectos enseñaban á los hombres la verdadera doctrina y que no podría criticarse á los sabios si llevaban al hombre á la verdad. El pueblo lo comprendió y efectivamente, á los ocho días había cesado el alboroto.

La leyenda refiere muchas otras conversiones, sobre todo de personas notables que en aquel primer período se agregaron á la comunidad budhista, como sucedió con Narada ó Nalada, sobrino del célebre poeta y cantor de himnos Asita, que después se hizo célebre bajo el nombre de su familia Catayana, siendo conocido también por el Gran Catayana. Mas célebre fué todavía Casiapa, llamado también el Grande, que entró igualmente en la comunidad budhista cuando Budha se hallaba en Radyagriha. Las vidas de ambos están adornadas por la tradición con milagros.

En este primer período activo de predicación y de propaganda del Budha, algo antes según la tradición meridional y algo después según la del Norte, tuvo efecto su visita á su ciudad patria Capila, cuyo rey Sudodana, habiendo tenido noticia de la estancia de su hijo en el bosque de bambúes de Radyagriha, había enviado mensajeros uno tras otro para invitarle á que le fuese á ver; pero todos los mensajeros se habían convertido é ingresado en la comunidad budhista y no habían vuelto. Entonces el rey, en su creciente deseo de ver á su hijo, envió á otro hombre de confianza con cartas para el hijo, haciéndole dar su palabra sagrada de volver con la respuesta aunque se convirtiera al budhismo. Este nuevo mensajero, que se llamaba Udayin ó Calodayin, cumplió su palabra, y volando, es decir, atravesando los aires, llevó al rey la contestación del hijo, el cual consentía en hacer á su padre una visita, pero suplicaba á su padre que le dejase vivir, no en la ciudad, sino fuera con sus discípulos en una vihara ó establecimiento monástico. Entonces fué cuando el rey hizo construir el convento (1).

En el día de la luna llena de enero el mensajero Calodayin suplicó á Budha que aprovechara aquella época del año para emprender el viaje, á lo cual accedió Budha y se puso en camino con 2,000 monjes mendicantes andando cada día una yoyana, siendo 60 yoyanas la distancia total entre Radyagriha y Capila. Calodayin pasando por los aires informó al rey diariamente de los progresos del viaje y volvió llevando al Budha su comida de la mesa de su padre. Al aproximarse á la ciudad salieron á recibirle los sakias jóvenes y viejos, que arrojando flores y quemando incienso, le condujeron con los suyos al jardín ó bosque de recreo preparado al efecto.

La leyenda hermosa la relación con gran cantidad de pomenores, diciendo cómo el Budha obligó á los orgullosos sakias á inclinarse delante de él; cómo al día siguiente, con gran asombro del pueblo y no menor del rey, entró en la ciudad y fué de casa en casa con su olla, para pedir su comida

(1) La divergencia mencionada entre las tradiciones respecto de la época de esta visita, estriba en la diferente época en que se construyó este convento ó residencia monástica. Según la tradición del Norte se construyó en el sexto año de la propaganda y predicación de Budha, según el modelo del de Jetavana, y la tradición del Sur coloca la visita de Budha á su padre, con mas verosimilitud, en el primer año de su actividad docente. Véase Rhys Davids: *Nidanacata*, tomo I, pág. 120, y Bigandet, pág. 169.

de limosna, y cómo después explicó al rey que ser sucesor de Budha, renunciar á los bienes de este mundo y abrazar la pobreza voluntaria y otras cosas, valía mas que ser descendiente de reyes y de príncipes. Mas adelante y á invitación de su padre, aceptó los homenajes de los cortesanos y de las mujeres, que todas acudieron á saludarle, excepto su esposa, la madre de Rahula, á quien él mismo fué á ver para consolarla y fortificarla en su fidelidad y resignación.

Hábase entonces fijado un día para proclamar solemnemente sucesor en el trono á Nanda, hermano menor ó hermanastro de Budha, casarle con su novia y establecer su casa. Pero aquel día muy temprano llegó el Budha y al marcharse dió á Nanda su olla de mendicante para que se la tuviera un momento en la mano y Nanda se la llevó hasta la vihara ó convento. La novia, viéndolo, quedó consternada y mucho mas cuando supo que Nanda había ingresado también en la orden budhista.

Budha hizo entrar igualmente en la orden á su propio hijo Rahula, de seis años de edad. Había sido enviado por su madre, que le había dicho: «Aquel monje que resplandeciente cual otro Brahma va acompañado de veinte mil adeptos, es tu padre; vé, pues, y pídele tu herencia paterna.» El niño obedeció y no se apartó del lado de Budha, suplicándole sin cesar que le diera su herencia. Al penetrar así los dos en el bosquecillo del convento, pensó el Budha: «Mejor que todos los bienes perecederos es aquel bien que se me reveló al pie del bodhi, ó árbol de la ciencia, y debo comunicarle á mi hijo.» Llamó, pues, á Sariputra y le dijo: «Ea, haz entrar á Rahula en la comunidad de la orden.» El rey se apesadumbró mucho de la admisión de su nieto en la comunidad y no lo ocultó á su hijo, el cual le prometió no admitir en adelante á ningún muchacho ó adolescente sin el permiso de sus padres (2). Budha, no obstante, consiguió propagar también su doctrina y atraer adeptos á su comunidad en su familia y ciudad patria. Ganó la voluntad de su padre doctrinándole muchas veces. Cuando salió de Capila para regresar á Radyagriha, se detuvo en Anupia, ciudad de la Malla, donde se le presentaron otros parientes suyos, príncipes sakias notables, para ser admitidos en la comunidad, como Aniruda con su amigo Badrica y Devadata, que era á la vez primo y cuñado de Budha. También se le presentó Upali, el barbero de los príncipes sakias, que en lugar de regresar prefirió quedarse en la comunidad y fué ordenado antes que los príncipes, lo que obligó á estos á inclinarse ante él y á renunciar á su orgullo de nobles. Solo Devadata se mantuvo inflexible y se mostró en adelante contrario y hostil al maestro, porque se había lisonjeado con la esperanza de suceder al rey en el trono, y había seguido á los otros mas á la fuerza que por su voluntad. Una conducta enteramente contraria á la del anterior observó Ananda, hijo de Amritodana, que también entró en la orden entonces. Era primo de Budha y tenía la misma edad que Rahula. Este se unió estrechamente á Budha y llegó á ser su favorito é inseparable compañero, y con el tiempo uno de los adeptos y maestros mas célebres del budhismo (3).

(2) Rhys Davids: *Nidanak*, tomo I, pág. 28; Bigandet: *Leg.*, tomo I, pág. 178; Rockhill: *The Life*, etc.; Beal: *The Rom. Hist.*, pág. 363. Aquí vemos que las tradiciones se han modificado en el transcurso del tiempo, y difieren principalmente las del Norte y las del Sur. Nanda es también uno de los príncipes sakias que entraron contra su voluntad por orden superior en la comunidad, y pudo ser curado de su amor terrenal á su esposa Badra (Kalyani) con la promesa de vírgenes del cielo. Según la tradición del Norte, tenía Rahula doce años, y según la del Sur seis años. Fué enviado por su madre á Budha para atraerle á su casa por medios mágicos, etc.; por manera que es difícil separar lo histórico de lo legendario.

(3) Según la tradición del Norte, estas conversiones se realizaron en

El Budha, de regreso á Radyagriha, pasó la estación de las lluvias y también la siguiente en el bosque de bambúes, donde robusteció, amplió y profundizó en el ánimo de sus discípulos el conocimiento de su ley, y acompañado de varios de ellos hizo excursiones á las comarcas cercanas, predicando al pueblo su doctrina. En una de estas excursiones visitó, según todas las tradiciones, la ciudad de Sravasti, á donde había llegado un rico comerciante llamado Sudata y por otro nombre Anata-Pindada. Este comerciante, habiendo pasado por Radyagriha con muchos carros cargados de mercancías, había oído hablar á Budha, y conmovido de su doctrina había hecho valiosos regalos á la orden y obtenido del maestro la promesa de ir á visitarle á su ciudad, situada en el país de los cosalas. Allí adquirió el comerciante un jardín hermosísimo y vasto, por el cual, según dice la leyenda, pagó al propietario, que era Jetar, hijo del rey, tantas monedas de oro como eran menester para cubrir la superficie, dejándole además el edificio delantero. Allí construyó Sudata una vihara ó convento magnífico y perfectamente montado, según un modelo ó plano dado, interior y exteriormente. Cuando todo estuvo preparado envió un mensajero al Budha para invitarle á ir (1).

La recepción fué pomposa, como la de un poderoso soberano. Abrieron la marcha quinientos jóvenes conducidos por el hijo del donador. Seguíanles las dos hijas de Sudata con quinientas doncellas que llevaban banderas de colores. Tras ellas iba la esposa del donador con quinientas matronas que llevaban jarras llenas de agua perfumada y tras estas iba Sudata con quinientos hombres vestidos como todos los demás con sus trajes de los días de fiesta. Al juntarse con el Budha, que iba precedido de una sección de discípulos legos y seguido de su comunidad de monjes, condujéronle al convento y jardín, los cuales, según la leyenda, al entrar el santo quedaron como é inundados de brillante luz. Entonces se dirigió el donador á Budha, saludándole respetuosamente, y echando agua de una copa de oro en las manos del maestro, dijo: «Con esto hago donación de este convento y bosque de Jetar á la orden de los bhixus con Budha por jefe, á él y á todos los suyos desde ahora para siempre.»

Entonces aceptó el Budha la donación, dió solemnemente las gracias y bendijo al donador. Durante semanas se celebró la fiesta á que dieron lugar esta solemne donación y la estancia del Budha, presentándose también el rey Prasenayit como los demás cosalas para saludar al Perfecto y para reconocerle como el maestro supremo después de haber éste disipado todas las dudas (2).

Con esta donación se enlaza la tradición posterior fundada en comunicaciones verbales del mismo Budha, pues todo lo

el reino de Capila, citándose además de Revata á Cocalica, Candavaya ó Candadravya, Samudra y Sagaradata, que se pusieron del lado de Devadata y le auxiliaron en su resistencia. También se dice que allí se decidió entonces la admisión de mujeres en la orden, después que la Gautami, para entrar en ella, consintió en someterse á la regla mas severa hecha para mujeres, citándose ya á Ananda como mediador, con lo cual pierde este asunto toda verosimilitud. Véase Bigandet: *The Legend*, etc., tomo I, pág. 183; Rockhill: *The Life*, etc., pág. 53; Beal: *Romantic Hist.*, pág. 379.

(1) Según la tradición tibetina (Rockhill: *The Life*, etc., pág. 48), el Budha, á instancias de Sudata, envió á Sariputa para que inspeccionara la construcción, cuyo plan, que comprendía 60 salas grandes y otras tantas pequeñas, se dice que había sido remitido del cielo con la indicación de todos los adornos de las portadas y de los patios.

(2) En el comienzo de los escritos posteriores budhistas se presenta generalmente á Budha paseándose por este jardín, rodeado de sus discípulos y discutiendo sobre la materia de que hablan dichos escritos, lo que indica cuando menos la santidad y preferencia de aquel sitio. Fah Hian (c. XX) en su visita á Sravasti, en la primera mitad del siglo quinto, encontró destruidos la ciudad y el convento, habitada la primera por solo doscientas familias aproximadamente.

que éste hizo, dispuso y ordenó, y lo que posteriormente dispusieron y ordenaron sus discípulos y los discípulos de estos, se considera como el legado sagrado é inspiración de Budha. Esto disipa toda duda é inquietud en los adeptos de la religión budhista, á quienes basta saber que Budha lo dijo ó inspiró, porque el espíritu de Budha está siempre presente en su comunidad santa, como lo está en su doctrina inmutable. El neófito budhista encontró en la comunidad mas que su familia por él abandonada, porque la comunidad le apoyaba y sostenía en su deseo de llegar á la perfección, le facilitaba enseñanza y disciplina, le amonestaba y le vigilaba; y los compañeros le servían de ejemplo que le excitaba á progresar mas. La colectividad ganó en robustez é importancia, que crecieron con el número de adeptos; se robustecieron forzosamente la solidaridad y la organización interior y se extendió así la comunidad cada día mas. Las reglas y principios se formaron naturalmente con el uso y adquirieron calidad de santos, por hacerse según el estilo de las escuelas brahmánicas, de cuyas costumbres y reglas la doctrina budhista separó lo que era contrario á su espíritu negativo, como toda devoción material y las diferencias de castas. En la comunidad de Budha no valía nada la cuna sino solamente la elevación del alma. Todo individuo varón podía entrar en la comunidad y hacerse monje mendicante, porque Budha había dicho: «Abranse las puertas de la salvación á todos los que presten oído;» y á tenor de este principio fueron admitidas también mujeres que deseaban llevar una vida ascética ó sea ser monjas. Ya sabemos que Budha determinó no admitir menores de edad en su comunidad sin permiso de los padres y después se excluyeron de la admisión niños menores de doce años y de la ordenación los jóvenes menores de veinte. Luego se determinó no admitir personas que se hallaran bajo el dominio de otras, como guerreros que servían á sueldo al rey, siervos, deudores, culpables, criminales, forajidos y ladrones, que pertenecían á la justicia, ni tampoco las personas afectadas de cualquiera de las cinco enfermedades contagiosas que se citan, y finalmente se prohibió la admisión de animales en persona humana, particularmente serpientes. Estas y otras limitaciones que impone la tradición y que tuvieron quizás en su principio algún motivo basado en algun suceso verdadero ó inventado, se observaron naturalmente en los actos de la ordenación ó ingreso en la orden. Este ingreso no se obtenía solo con el abandono de la casa y familia de los que se retiraban del mundo: para dedicarse como cenobitas á la vida contemplativa era necesaria la ordenación, si bien estos individuos podían también ingresar en la comunidad budhista, como después sucedió muchas veces con los que daban culto á Agni ó sea al fuego, y con los miembros de la familia Sakia. Los niños de mas de doce años no podían ser ordenados hasta haber cumplido veinte, y los hombres de mas edad, pertenecientes á otras órdenes religiosas, que se convertían al budhismo debían hacer un noviciado de cuatro meses; teniendo que dirigirse los candidatos á un monje antiguo de la orden para declararle su deseo, ya en traje completo de la orden, con los cabellos y barba rasurados. Si el monje antiguo aceptaba la declaración y el neófito le reconocía por su maestro y patron, debía obedecerle y servirle, teniendo el monje á su vez que dar al discípulo la enseñanza y cuidar de él en lo espiritual y material.

El ingreso de un novicio en la orden debía verificarse ante un capítulo, compuesto por lo menos de diez monjes ordenados. El orador ó presidente de estos capítulos, después de anunciar á los reunidos el objeto de su convocación con el nombre del novicio, se ofrecía él mismo ó se elegía á otro monje para instruir al candidato y exhortarle á decir en todo siempre la verdad y á examinarle en lo demás. El exá-

men se hacia quedándose el examinador á solas con el candidato; despues entraba el monje instructor ó examinador otra vez en la reunion, declaraba que ha instruido al neófito, el cual entonces era llamado, y cuando estaba dentro se sentaba á la manera oriental en el suelo, con su túnica echada sobre el hombro y con las manos levantadas y juntas. En esta postura suplicaba á la asamblea que le ordenase, le amparase y le sacara por compasion de este mundo pecador. Despues de repetir tres veces esta súplica, el orador de la asamblea volvia á pedir la palabra, y obtenida, empezaba á cuestionar al candidato, preguntándole primero, y llamándole por su nombre, si le oía, contestado lo cual afirmativamente, le exhortaba á decir siempre la verdad y le interrogaba sobre todos los puntos que se oponian á la admision de candidatos, como por ejemplo si padecia una enfermedad contagiosa, si era verdaderamente hombre ú otro sér en forma humana, etc. Luego le preguntaba si tenia el traje reglamentario de monje y la olla de la limosna, y, finalmente, le mandaba decir su nombre y el de su maestro. Si las respuestas eran satisfactorias, solicitaba de la reunion ó comunidad la ordenacion en estos términos: «Vosotros, venerables, y la comunidad, oidme. Este (aquí dice el nombre del candidato) solicita bajo su venerable maestro ó superior (aquí está tambien el nombre) la consagracion; no tiene impedimentos; tiene su escudilla de limosna y su ropaje. Si la comunidad está dispuesta, procede que conceda la ordenacion al candidato (aquí el nombre).» Despues de las mismas palabras de introduccion dice el orador de la reunion: «La comunidad concede al solicitante (aquí el nombre) la ordenacion; el que así lo acuerde guarde silencio; el que se oponga que hable.» Esto con todas las fórmulas lo repite tres veces, y si nadie protesta, declara: «La comunidad lo otorga, puesto que calla.» Con esto queda hecha la admision. Seguidamente se averigua la hora del dia y la estacion de la admision, para fijar bien en la órden la antigüedad del nuevo hermano entre sus colegas, y finalmente se le leen las cuatro reglas de conducta de la vida monástica y los cuatro grandes mandamientos cuya no observancia determina su expulsion de la órden.

Las cuatro reglas prescriben alimentarse de comidas que se le den de limosna, vestirse de trapos desechados por inútiles, tener el lecho debajo de un árbol y curarse con orina putrefacta de vaca. «Esto has de observar toda tu vida,» dice la regla. Como concesiones especiales, los monjes, si se ofrece la ocasion, pueden participar de distribuciones de alimentos y aceptar convites; pueden tambien admitir ropas de lino, algodón, seda ó lana; regalos de conventos, salas, pisos, tiendas de campaña y grutas, é igualmente manteca de vaca usual y purificada, aceite, miel ó melaza, si son dados por personas piadosas.

Las cuatro grandes prohibiciones son para los bhixus la de tener contacto sexual con mujeres ni con animales, la de tomar nada si no se les ha dado; la de hurtar, ni siquiera una brizna de hierba, y la de destruir intencionalmente la vida de un sér viviente, aunque sea un gusano ó una hormiga. Finalmente, el bhixu no debe atribuirse virtud sobrehumana, ni siquiera decir: «Me gusta vivir en una morada vacía.» Así como no pueden existir, durar ni vivir un tronco sin cabeza, una hoja marchita arrancada de su tallo, un peñasco partido en dos, una palmera sin su corona, tampoco puede existir como bhixu ni ser discípulo del hijo del sakia el que contraviene á estas prohibiciones.

Oidos los mandamientos y prohibiciones, contestaba el candidato: «Muy bien, señor,» en señal de que habia oido y se habia conformado, y con esto quedaba hecha la ordenacion.

La salida de la órden era facilísima, porque toda obligacion

forzosa es contraria al budhismo. El monje que al cabo de algun tiempo encontraba demasiado pesado el ir vestido como prescribia la órden y llevar la olla de mendigar la comida; el que tenia deseos de residir en compañía de su padre ó madre, de su mujer ó familia; el que tenia afecto á su casa y á su propiedad, podia volver al mundo, bien á la llamada ó despues de haber hecho saber su resolucion en presencia de un testigo á un monje, ó á su maestro, como se hizo despues. El maestro entonces no trataba de disuadirle y aun aprobaba su resolucion y solo le exhortaba á continuar siendo, como laico, observador fiel de la ley de Budha y de los cinco mandamientos arriba mencionados. Si el individuo que habia salido de la comunidad queria volver á entrar otra vez en ella, podia hacerlo prévia readmision en regla, y por lo mismo los monjes podian conservar sus relaciones con sus antiguos compañeros. Esta libertad fomentó la propaganda y la extension de la comunidad mucho mas que lo hubiese podido hacer la fuerza, de la cual por lo demás los budhistas no podian disponer; verdad es que se podia abusar de la libertad, como en efecto se abusó, pero por otro lado la imposicion y el empleo de la fuerza eran contrarios al espíritu, á la tradicion y al desenvolvimiento del budhismo.

Los casos que motivaban la expulsion de la órden, y la manera de efectuar esta expulsion, ya completa, ya temporal, segun que el individuo habia faltado á uno de los cuatro mandamientos principales ó á otro de menor importancia, se encuentran expuestos en el llamado «Libro de la Salvacion,» del cual hablaremos mas adelante.

El adepto de Budha habia renunciado al mundo, á su casa y familia, pero podia volver á la sociedad y unirse otra vez á su mujer. Mientras era miembro de la comunidad la castidad era su primer deber, no obstante tener ocasion diariamente de tratar con mujeres, aunque no fuese sino para mendigar su comida, y sabido es el poder de esta tentacion, conforme se vé en las leyendas de todos los santos varones, que abundan tambien en grandes ejemplos de resistencia á esta y á otras clases de tentaciones.

Cuando la reina Gautami, la tia y aya de Budha, solicitó ser admitida en la órden, se resistió mucho el maestro á acceder á su pretension y solo con gran repugnancia cedió á las instancias de Ananda, su discípulo favorito, pero impuso condiciones severísimas á la admision de mujeres, que como monjas debian ocupar una situacion inferior á los varones, y aun así creyó el Budha que su doctrina se mantendria pura solo quinientos años, cuando sin la admision de mujeres debia durar mil años.

Ocho fueron las reglas ó preceptos que el Budha fijó entonces y que, segun se dice, impuso á su tia Gautami para su ordenacion (1).

Por lo demás regian en la admision de las monjas los mismos impedimentos que para la admision de varones, solo que á los de las mujeres se agregaron once impedimentos mas que se referian á imperfecciones corporales y que naturalmente daban origen á otras tantas preguntas que la superiora dirigia á la novicia que solicitaba su admision en la comunidad. Cuando era admitida, todavia necesitaba obtener la aprobacion del capítulo de monjes. Entre las reglas principales no estaba la del lecho debajo de un árbol, ó sea la vida en el bosque, pero en su lugar se habian agregado otras

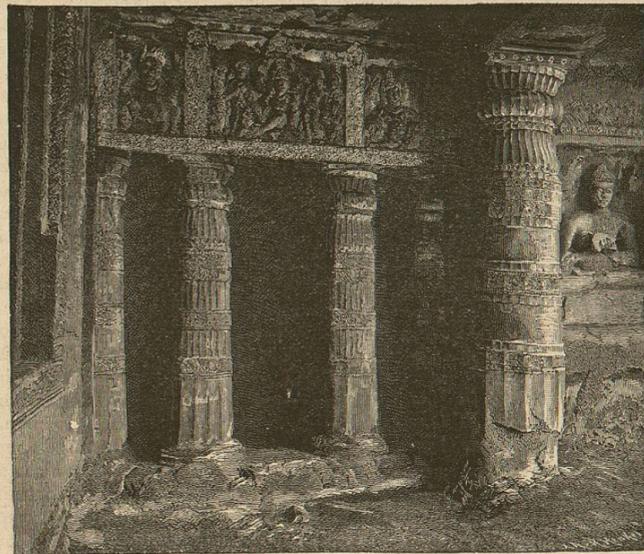
(1) *Cullavagga*, X. Véanse los ocho preceptos, que figuran igualmente entre los noventa y dos artículos de penitencia impuestos á las monjas. 1.º La monja, aunque sea la de mas antigüedad, ha de honrar y acatar á todo monje, aunque sea el mas joven. 2.º Las monjas deben pasar la estacion de las lluvias solo en puntos donde haya monjes. 3.º Las monjas han de preguntar á la comunidad de monjes en qué día deben celebrar la Uposhata ó fiesta de la amonestacion de plena luna.

cuatro reglas principales relativas á la voluptuosidad y á toda accion sexual, á la ocultacion de un pecado capital cometido por una hermana, y al afecto á un monje que por haberse conducido mal hubiese sido excomulgado por un capítulo de la órden (1).

No se puede fijar la época en que se estableció la admision de mujeres en la órden; solo se sabe por la tradicion que probablemente fué en vida de Budha, y es mas que probable que entonces existieran ya algunas otras órdenes de mujeres.

Siguiendo la costumbre antiquísima de los santones brahmánicos, los adeptos de Budha renunciaron tambien al mundo y la riqueza, lo que no impidió que el monje que salia

de la comunidad volviera á entrar en posesion de lo que habia tenido antes, sin exceptuar la mujer. Mientras el monje vivia en la comunidad, conservaba su propiedad, y al morir la heredaba la órden si el monje no disponia de ella de otra manera. Lo poco que constituía su propiedad de monje, como ropaje, olla, etc., era heredado por los monjes que le habian asistido y cuidado durante su enfermedad. La órden no podia aceptar tierras de labor, ni de pasto, ni lo que á ellas pertenecia, como esclavos y ganados, pero sí moradas, como conventos, bosques y jardines, con tal que no sirviesen para ninguna explotacion, pues que tampoco podian tener, ni el individuo ni la órden, dinero ni ningun valor equivalente. El adepto de Budha debia ser pobre y mendigo, sin



Galería del templo subterráneo de Ayunta.

cuidados materiales. Podia pedir lo que necesitaba para su manutencion, como ropas, alimentos, lecho y remedios si estaba enfermo, y todo esto le ofrecian, ya la naturaleza benigna y el clima feraz del país, ya la piedad de la gente laica; por manera que los monjes solo excepcionalmente se vieron en el caso de recoger de las basuras trapos para lavarlos, teñirlos y coserlos para abrigarse. Las mujeres laicas piadosas proveían á los santos de ropas y hasta habia una fiesta al final de la estacion de las lluvias, llamada Catina, en la cual se repartian á los monjes ropas hasta donde llegaban las provisiones; estando todo previsto, la confeccion de las ropas y el reparto por prescripciones sagradas (2).

El traje del monje se componia de tres piezas: la inferior era una falda sin costura atada á la cintura á manera de saya y que cubria la parte inferior del cuerpo hasta debajo de las rodillas; la segunda, que á manera de pañuelo cubria el pecho y toda la parte superior del cuerpo, excepto el brazo y

4.º Han de celebrar la penitencia despues de la estacion de las lluvias en su comunidad y en la de los monjes. 5.º Tambien han de cumplir en ambas comunidades las penitencias que en casos de faltas graves se les impusieron. 6.º Ha de pasar la mujer dos años de noviciado y recibir despues su ordenacion tambien en ambas comunidades. 7.º Nunca deben vituperar las monjas á ningun monje ni (8.º) corregirle, mientras todo monje puede corregir á una monja.

(1) Véase Kern, tomo II, pág. 140.

(2) *Mahavagga*, VIII, 15; VII, 1.

hombro derechos, que quedaban libres, y finalmente un manto ó sea el hábito propiamente dicho, que ceñido por la cintura llegaba hasta los tobillos, ó levantado del lado derecho era echado sobre el hombro izquierdo con el extremo sacado por debajo del brazo del mismo lado hácia delante y echado sobre el hombro derecho. El color de esta prenda burda era un amarillo rojizo á manera de hojas secas, variando el matiz y haciéndose mas claro en el Sur y mas oscuro ó rojizo en el Norte, donde los monjes solian llevar tambien sandalias, mientras que en el Sur iban por lo general descalzos. Completábase el traje con una cuerda á guisa de cinturón, y otra cuerda de la cual colgaba á la espalda la olla de mendigo, que en excursiones algo largas se llevaba dentro de una red. Por lo general llevaban tambien lo necesario para coser, un cuchillo, y acaso un filtro para pasar por él las aguas sucias antes de beberlas, y además tenian una prenda para abrigarse en tiempo de lluvia y una estera que en el convento ó en la ermita les servia de lecho, así como una manta para cubrirse. Para poseer mas, el monje, al cual le estaba prohibida toda superfluidad y todo lujo aparente ó verdadero, necesitaba permiso especial, sin exceptuar un pañuelo para enjugarse el sudor y un trapo para el que tenia diviesos. Las ropas usadas y rotas eran remendadas, y las sucias lavadas, porque la ley de Budha imponia á sus adeptos la mayor limpieza corporal y espiritual, y así en el transcurso del tiempo